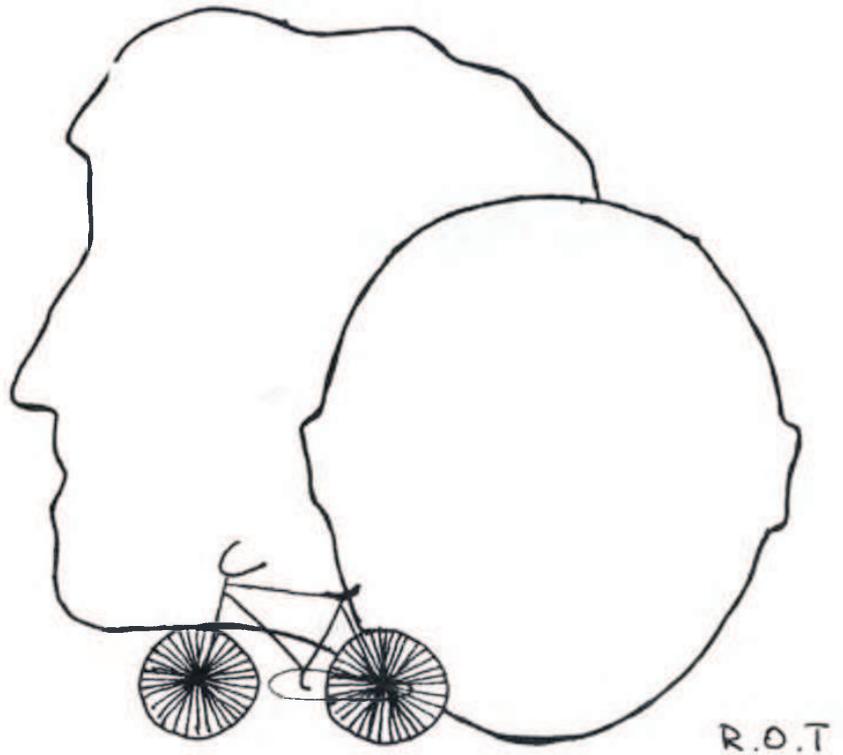


EL BAUL DE LOS RECUERDOS



ALBERTO ECEIZA GOÑI

Lozanía y juventud, primavera de la vida que, tras un brevísimo verano, daís paso al otoño de los recuerdos...

¡Qué bonito es sentirse cuarentón! Uno, dejando a un lado pequeños achaques, se siente en la plenitud de la vida. Cierto es que ya no se suben las escaleras como antes, y que el perfil que devuelve el espejo es un poco más redondeado que antes por la parte de la barriguita, pero... todo ello se ve recompensado por un sinnúmero de vivencias acumuladas que conforman el mosaico de nuestros recuerdos, ese mural multicolor en el que se han quedado inmortalizados todos los momentos gratos vividos en épocas anteriores y que guardamos con extremado celo en los archivos del pensamiento. En una especie de museo cerrado bajo la llave de la memoria, y que abrimos de vez en cuando para recreo nuestro.

A veces nuestro museo se abre de par en par, y da salida a un montón de recuerdos, por una frase escuchada a un amigo. Así, el pasado día, al escuchar los recuerdos de Josean Arbelaz, fue como si en mi museo particular, se hubiera instituido el «día del club».

—¡Hombre Alberto! ¿Sabes de qué me acuerdo cada vez que te veo? ¡De tus patines y de la «bici cromada» de Apellaniz.

¡Casi nada! La bici cromada de Apellaniz. No podría precisar ni describir muy detalladamente la fisonomía de él, pero la bici, esa la estoy viendo. No me daba poca pena ver como ésta pasaba tan limpia, tan brillante, casi con una belleza insultante y agresiva, aplastando las deposiciones que los burros de las caseras habían dejado por la mañana en la cuesta del «Topo». Una bici con la que soñamos todos los chavales de aquella época y que muy pocos lograron alcanzar.

Algunos años más tarde, Angulo y Juan Mari Larreta lograban tener su bici de carreras, e incluso el primero, participar en alguna prueba de aficionados. A Juan Mari Larreta, se lo impidió la Iglesia...

—¡Claro, como era monaguillo, don Roberto...!

—¡No hombre, no!

—Me refiero a la Iglesia, a la Parroquia, al edificio...

—¡Coño!

—Juan Mari bajaba de la calle Aldulcin a la de Arriba...

—¿Con la bici de carrera?

—Sí, y a toda pastilla. Cuando Larreta quiso frenar...

—¿Qué?

—¡Por qué no te callas y me dejas que te lo explique todo de un tirón!

—Vale, sigue.

—Cuando Juan Mari llegó a ese límite de velocidad en que se te empieza a arrugar el estómago, quiso frenar pero... ¡Zas! Primero un freno...

—¿Y luego?

—¡Zas! El otro...

—¡Los dos frenos rotos!

—Sí.

—Y... ¿Qué hizo?

—Pues aparte de rezar, creo que quiso coger la desviación para la calle Iglesia, en vez de bajar por Mikela-Zulo a Sancho Enea...

—¿Le pasó algo?

—¿Tú te acuerdas de aquella leche en polvo que nos daban de desayuno en el cole? Bueno, pues la «leche» de Juan Mari contra la esquina de la sacristía fue todavía mucho mayor y más famosa. Por eso digo que a Larreta le cortó su carrera como ciclista la Iglesia. El edificio de Nuestra Señora de la Asunción, para ser más exactos.

—¡Ahh! ¿Y no había más ciclistas por entonces?
—¡Claro que los había, y muy buenos! En plan profesional estaba Luis Otaño, y como aficionado que empezaba a destacar Txomin Perurena, pero esos tenían menos importancia que la que tuvieron en su día Iñacito Albisu, el repartidor de Fermoselle y el de «La Aceitunera».

—¿También salían en carreras?

—No, esos entre los tres repartían el aperitivo.

—No entiendo...

—¡Sí, hombre! Uno repartía pan, otro vino y el tercero aceitunas, que por cierto, era el más chulo, porque las repartía en triciclo, mientras que Albisu y el de Fermoselle, lo hacían con la bici tirando de un remolque.

—Claro, en aquellos tiempos todo se repartiría por el mismo sistema, bicis, triciclos, carritos manuales...

—¡No señor, equivocado del todo! Estaba también Tasio, el de la panadería Villarreal, que aquél lo hacía con un percherón gigantesco, y que...

—¡No, no! Lo que yo quiero decir es que entonces no había camionetas de reparto.

—Otra vez equivocado amigo. El único establecimiento que lucía en su fachada el cartel de: «Suministrador de buques de altura, bajura y mercantes del Puerto de Pasajes»; o sea la tienda de Doval, donde vendían «bacalado», tenía una camioneta Citroën, por entonces, ya vieja, pero con una bocina de lo más original.

—Bueno, pero ¿tú de qué año me estás hablando?

—¡Y yo qué sé! Con esto de los recuerdos, ya sabes lo que pasa, uno empieza hablando de la bici de Apellaniz y termina comprando un polo de pela en La Perla o unas pastas en la plaza, en el puesto de Sorondo...

—O un «chester» en el carro de la Plácida...

—¡Hombre, ahora que hablas de la Plácida! Siempre me acordaré de un domingo de invierno, nevando, en el que fui a comprar algo al carro. Plácida, estaba quitando la nieve con una pala, de los alrededores de «su establecimiento» y un joven guardia municipal, que ahora es cabo o sargento, y al que llamábamos «el torero» por su arte dirigiendo el tráfico en el cruce del puente del «Aurrera», le dijo, con mucha guasa:

«¡Ande Plácida, no sea usted mala, y ya que tiene pala, limpie también la zona de sus compañeras» Refiriéndose a los carros restantes. La viva contestación de Plácida, no se hizo esperar:

«¡Ay no, señor guardia. Yo sólo quito lo que me perjudica».

—Qué recuerdos verdad...

—Será que nos estamos haciendo viejos.

—¿Con cuarenta años? ¡Quita, por favor! Viejos... ¡De qué!

—A propósito, ¿tú qué tal funcionas?

—¿De eso...? ¡Bieennn! ¡Sólo son cuarenta años!

—Pues entonces... ¡Que nos quiteñ lo bailado!



SIMONE DE BEAUVOIR

MARIASUN LANDA

Joan den hilean, apirilak 14ean, hil zen Parisen Simone de Beauvoir, 78 urte zituelarik.

Idazle, borrokalari eta pentsalari frantses honi buruz gauza asko idatz daitezke mende hontako kulturaren munduko izen handienetarikoa bat izan baita. Baina gaur, bere obraren beste alderdi batzuk baztertuz, Simone de Beauvoirrek feminismoan izan duen eraginari ekingo diogu, bere idazlan famatua, «Bigarren sexua», komentatuz, oraindik emakumeen egoera eta izaera aztertzeke inoiz idatzi den obrarik garrantzitsuen iruditzen bait zaigu.

«BIGARREN SEXUA»

Feminismoaren historia egunen batean idazten bada, 1949.eko urtea ez ahazteko data izango da. Urte hartan, Simone de Beauvoir, 40 urte, idazlea, nobelagilea, existentsialismo frantsesaren pertsonai ezaguna, emakume askoren bitzitan garrantzi handikoa izango zen liburua argitaratu bait zuen: «Bigarren sexua».

Eta bitxieta zera da: emakume hau ez zela feminista inolaz ere.

Garai haietan, gizonezkoen artean onartu eta onestatutako intelektual tipikoa zen Simone. Feminismoa beretzat errebin-dikazio burges sorta bat baino ez zen. Horregatik liburu hura ustekabezkoa izan zen nolabait. Bere burutaz zerbait idatzi nahian, bere emakume izaeran sakondu nahi izan zuen eta hortik sortu zen liburuaren ideia.

Bi urte kosta zitzaion eta ustekabeko bidetatik eraman zuen: «Bitxia eta estimulantea zen—dio Simone de Beauvoirrek bere Memoriatan—bapatean, 40 urterekin, ordurarte existentsiarik ez zuela zirudien eta begien bistan zegoen munduaren alderdi bat aurkitzea...»

Liburua erroskilen antzera salduko zen eta berehala irtxiko ziren erreakzioak. Bai eskubiarenak, bai ezkerrenak.